

UNA INTERPRETACIÓN

Joaquín Pérez Azaústre

**UNA INTERPRETACIÓN
2001-2021**

Prólogo de Pere Gimferrer

Epílogos de Raquel Lanseros y Ana Castro

ESDR  JULA
EDICIONES

{COLECCIÓN **DIÁSTOLE**}

Primera edición, octubre 2021

© Joaquín Pérez Azaústre, 2021

© Esdrújula Ediciones, 2021

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Las Flores 4, 18004 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Ilustración de cubierta: José Luis Pajares

Maquetación: Domingo Pérez Jiménez

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 1477-2021

ISBN: 978-84-123813-9-9

Impreso en España · Printed in Spain

Para empezar una historia

Por Pere Gimferrer

La solapa de la primera edición, hoy repristinada aquí, lo dice casi todo, es decir, tanto el argumento como el tema del poema (que es un solo poema), dividido en partes unitarias: el horror, el mito y el posible Fénix, (o el temible ave Roc) de la Guerra Civil concluía ya al iniciarse el texto. Se convocan aquí bandadas, pero también desbandadas, en vuelos sacrificiales, flechados o inaugurales: el arúspice lee pasado y porvenir.

Cuanto vendrá después —sean *Las Ollerías* o *Vida y leyenda del jinete eléctrico*— germinaba inicialmente aquí. De 1939 a 2000 mediaba un tiempo parecido al que separó la batalla de Gettysburg de la filmación —no digo ya de la escritura— de *Lo que el viento se llevó*; sin cerrarse, más habían cicatrizado aquellas heridas que las hispanas, aún hoy no cerradas del todo o cerradas aún a veces en falso.

No es épica, ni elegía, ni «epístola moral», ni ensayos: son abordajes interpretativos (desde Grecia: «los poetas son intérpretes de los dioses»); aquí de la historia. Pero no únicamente de Clío. Bajo esta sobrehoz anónima y dolida, laten

nombres mentados: ninguno, a mi modo de ver, tan dolidamente próximo como el de Cernuda, y no sólo cuando se le menciona expresamente. Aquí cabría recordar la ya antigua pregunta de Rafael Alberti: «¿Qué cantan los poetas andaluces de ahora?». Hecha en otro tiempo, es válida para cualquier tiempo: este «dolorido sentir» que arranca en *Una interpretación* halla plena respuesta en la trayectoria, igualmente plena, de Joaquín Pérez Azaústre, que no escribe ni novelas de poeta ni poesía de novelista, sino que da el timbre de voz sensorialmente rítmico, a cada encuentro con el verso o con la prosa.

Nota del autor

Veinte años después, trato de encontrar a aquel muchacho que empezó a escribir estos poemas. Una vida después, el joven poeta cordobés de 24 años que ganó el Adonáis ha dejado de serlo. Todo tiene el valor que le queramos dar: en mi caso, lo tuvo. Yo era becario de la Residencia de Estudiantes y en las primeras entrevistas que me hicieron respondía que la poesía puede salvarnos. Seguramente si alguien me hubiera preguntado no habría sabido aclarar de qué, pero estaba claro que sentía esa necesidad de ser salvado. Veinte años después, sí lo sé: de perder la ebriedad con que recibes esa primera caja con tus libros, con que vives a tragos de aire líquido, mientras rezas y amas la escritura de un cuerpo. Y poder saltar sobre el fuego sin quemarnos. De perder todo eso hay que salvarse.

Me reconozco en mis libros posteriores, pero aquí hay algo más. Quizá se deba a que la convivencia con tus poemas nunca se interrumpe del todo. A diferencia de una novela—que cuando la publicas luego raramente la relees—, sobre los poemas sí regresas y tu propia escritura te sigue

acompañando. No es que crezca contigo, pero tú sí te miras en su espejo. Y casi nunca fallan, porque fueron verdad. Si recuerdo mis días en el Colegio Mayor Empresa Pública, «El Negro», *Parada en la calle Velintonia* continúa representando, pese a su razonable ingenuidad, ese santuario de la literatura que es parte de nosotros, de Aleixandre y todos los que un día estuvieron sentados junto a él. *Carta de Rainer Maria Rilke al joven Luis Cernuda* sigue latiendo ahí, cerca. *Carta de un padre a este lado del paraíso* no se hizo realidad entonces, sino hace cinco años; pero ya era cierto. Y si evoco la fiesta, en esa ensoñación de alba feliz, el himno sigue siendo *Que me entierren en París*.

Discurso más directo, poesía de la imagen, surrealista o abstracta: qué más da. Me importa su tensión de vida y de lenguaje. Me sigo manteniendo en la plasticidad: poemas como escenarios en los que demorarnos. Hoy recupero este libro publicado hace veinte años, en el que estaba todo antes de estar, acompañado por poetas que quiero y admiro.

Pienso en mi familia, en amigos poetas y escritores: algunos, por desgracia, ya no están. Y agradezco a mi editora Mariana Lozano Ortiz que haya hecho posible este regreso.

Por un momento estoy, de nuevo, en 1998, en aquella habitación, y comienzo a escribir.

J. P. A.

Madrid, septiembre, 2021

Una interpretación

A mi hermano Eduardo

A mi hijo Joaquín

1

Una hermosa muchacha despierta en 1939 tras un largo sueño

Has contado despacio
las ruinas que quedaron
de tu casa de mármol tras el fuego.

Buscas los restos, esperas
encontrar las miradas,
las voces de los tuyos.
Cada roca te muestra una sonrisa,
cada gesto se oculta en cada roca.

Te conquistan desiertos de silencio,
el polvo se ha anudado a tu garganta.

Ahora gritas, y gritas para nadie.

Tu sombra está tan sola que no es sombra.

El leve abrazo del fuego

Muchos hombres saltaron sobre el fuego.

Abrazaban la hoguera con sus brazos desnudos,
leña muerta y dolor de nubes que quemaban.

Muchos hombres saltaron sobre el fuego,
quisieron responder su abrazo leve.

Los demonios vinieron a buscarles
y encontraron cenizas sobre el llano.

A la mañana siguiente
el campesino vuelve a arar la tierra

Y curaste la tierra de la muerte,
le rozaste las manos
cansadas de estar yermas,
cerraste sus heridas
y cubriste de agua cada surco.

La sombra del arado se alargaba
más allá de la cresta de los montes.

Enterraste a los hijos esa tarde.

Las raíces crecieron tras la lluvia.